

Un viaje mas del Papa polaco

CIERTAMENTE, el Papa no descansa en su actividad viajera. Desde luego, la primera intención suya en estos viajes es la de hacer relaciones públicas y tener contacto con las masas populares para dar así una imagen positiva después de la de un Papa vacilante y neurotizado como fue Pablo VI.

Sin embargo, lo más importante para un Papa no sería ejercer como líder estas relaciones públicas, ya que en el Evangelio encontramos en la figura de Jesucristo más bien lo contrario. Lo decisivo para su misión sería mantener estos contactos, pero para conocer las necesidades populares, los nuevos problemas de Occidente, tan distintos de los que ocurren en Polonia, y encauzar así pastoralmente la problemática de nuestro mundo en crisis de cara a los católicos, que es a quienes principalmente tiene que dirigirse.

No hay que pensar siquiera que esta labor papal, propia de su misión, la deba ejercer principalmente de cara a los no creyentes, puesto que éstos no se encuentran bajo su autoridad ni bajo su influencia directa.

Y habría que preguntarse: ¿es esto lo que el Papa ha ido a hacer durante su viaje a Francia?

Vayamos por partes para contestar a esta pregunta, analizando sus palabras y las reacciones de los franceses.

En España, el Papa Juan Pablo II tiene menos acogida que en otros países, y concretamente que en Francia. Aquí los no católicos no le ven con buenos ojos, por lo general. Y en cuanto a los creyentes seguidores de la Iglesia, hay una gran parte que tampoco les atrae este Papa. En cambio, en Francia las cosas no pasan exactamente igual: del 2 de abril al 6 de mayo se hizo una encuesta por el IFOP entre los franceses de más de quince años y solamente el 4 por ciento estaban descontentos con Juan Pablo II, ya que el resto se dividía entre el 30 por 100 que no tenían opinión y el 66 por 100 que estaban contentos con él. Y si vamos a los católicos practicantes, el 91 por 100 están allí contentos con el Papa Wojtyla.

En cuanto al viaje reciente a Francia, el 93 por 100 de los practicantes deseaban la venida de este Papa a su país; pero el 50 por 100 de los franceses, en general, no tenían deseo de que viniera.

Estos son los datos que deben hacernos reflexionar si los comparamos con la popularidad mayor que tuvieron en el país vecino Juan XXIII y, sobre todo, Pablo VI al principio de su pontificado. Lo cual revela una cosa importante: que cada vez es menor la impronta social de la Iglesia católica en los países desarrollados o en vías de desarrollo.

Estos mismos datos son los que corresponden a la reacción que han tenido los franceses ante la visita del Papa. Podemos decir que fue acogedora y en algunos momentos demostraron entusiasmo, pero sin llegar a las reacciones emotivas de otros países.

El análisis de sus palabras y de sus actuaciones es significativo. Como era natural, tuvo una reunión con una selección de intelectuales católicos, entre los cuales estaba el profesor Raymond Aron. Del mismo modo que el Presidente Giscard invitó a los principales políticos franceses, con quienes mantuvo el Papa algunas palabras amables, y entre los que se encontraba el comunista Georges Marchais y el socialista François Mitterrand, quienes con agrado estuvieron en la recepción, según las declaraciones que hicieron los dos a los periodistas.

En la recepción del Elíseo estuvo hábil el Papa al indicar que él se representaba solamente "a sí mismo y a la buena voluntad". La misma actitud diplomática que adoptó con la representación protestante que fue a saludarle. El Papa aludió a la cruel matanza histórica de la noche de San Bartolomé, donde cantidad de hugonotes fueron vilmente asesinados por los católicos y Juan Pablo II condenó varios siglos después de ocurridos aquellos "cruces acontecimientos". Sin embargo, el portavoz protestante, pastor Chevalier, le recordó el escándalo que supone la separación entre los cristianos, que resulta incomprensible a muchos creyentes y en particular a los jóvenes. Aunque lo más importante fue la advertencia que le hizo al Papa por este afán de popularidad que tiene y que parece querer hacer que reverdezca el poder social que la Iglesia tuvo y que puede fomentar el sueño equivocado y triunfalista de algunos católicos y "engañar a la opinión pública".

En cuanto a la cuestión social, su

reunión con los emigrantes estuvo presidida por una divisa hábilmente demagógica, en la cual se leía: "Un joven trabajador vale más que todo el oro del mundo". Frase que esgrimió en su tiempo el fundador de la Juventud Obrera Cristiana, monseñor Carjón. La frase es muy verdadera, pero en ese contexto tenía que venir con algo más concreto. Y la verdad es que las frases del Papa fueron socialmente adecuadas, pero insuficientes desde el punto de vista técnico, ya que, aunque se quiera hacer ver lo contrario, un jerarca de la Iglesia no tiene ni en su mano ni en su boca la solución de los problemas sociales, ya que esto lo podemos encontrar fundamentalmente en los hombres comprometidos que viven de lleno las vicisitudes cotidianas del trabajo, como obreros o como pequeños empresarios, bajo la presión del estatismo o del supercapitalismo.

Eso no quita para que tuviera razón el Papa al decir que es preciso hablar de la sociedad de consumo y criticar sus males y que también hay otras muchas personas que ni siquiera han llegado a disfrutar de ese mal menor. Por eso recordó que "hay que tener una visión amplia del problema". Y en Saint-Denis, el gran feudo del comunismo francés, fue derecho al toro y criticó que la lucha por la justicia en el mundo se haya visto identificada poco a poco con un programa de negación radical de Dios, como él ha vivido en su propio país, terminando por pedir la libertad de conciencia y la libertad de educación religiosa en aquellos países como el suyo que no son plenamente libres en este sentido.

Habría que matizar, sin embargo, esta alusión a Dios, ya que —como el Concilio mismo dice— la imagen de Dios que han presentado muchos creyentes ha sido alienante y ha conducido al ateísmo en muchos casos. Las cosas no son tan sencillas como a primera vista se presentan. Lo que sí es verdad es que todos necesitamos el máximo de libertad compatible con la libertad de todos los demás. Esa debería ser nuestra regla no sólo para los países del Este en el plano religioso, sino en todos los planos y en todos los países y situaciones económicas, sociales y culturales y también en la Iglesia, donde de la libertad se habla mucho y en cambio se practica poco. ■